

# RELATOS DE UN PEREGRINO RUSO

CUARTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2003

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo de la versión francesa María Luisa Luna

© Ediciones Sígueme S.A., 1992

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 84-301-1072-0

Depósito legal: S.

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España / UE

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2003

## CONTENIDO

<i>Introducción</i> .....	9
Primer relato .....	17
Segundo relato .....	33
El peregrino es atacado por los bandidos .....	35
Historia del capitán .....	38
Soledad .....	43
Historia de un guardabosques .....	44
Trabajos espirituales .....	49
El salto del lobo .....	54
Una muchacha corriente .....	58
Curaciones maravillosas .....	65
Llegada a Irkutsk .....	72
Tercer relato .....	75
La vida del peregrino .....	75
Cuarto relato .....	81
Una familia ortodoxa .....	84
El campesino ciego .....	104
La casa de postas .....	109
Un cura rural .....	112
Camino a Kazán .....	114



## INTRODUCCIÓN

*El peregrino ruso o Relatos de un peregrino ruso a su padre espiritual* se trata de una obra singular en el conjunto de la literatura espiritual cristiana. Su desconocido autor ha sabido imprimirle al texto calidez y sinceridad utilizando un estilo sencillo, un tono mesurado y unas descripciones casi vivas, amén de la veracidad con que transmite las experiencias de su héroe. Todo ello configura un texto equilibrado, noble y directo, que cala hondamente en el lector.

### *La obra*

El peregrino, más que autor, es el protagonista de esta obra misteriosa. Resume, en una figura muy conocida del paisaje humano de la Rusia del siglo XIX, las vivencias de más de un cristiano fervoroso y decidido a llevar su fe hasta las últimas consecuencias. Por aquel entonces existían muchos laicos como este, hombres libres de toda atadura humana, que dedicaban sus vidas a escrutar la palabra de Dios, a profundizar en la oración, visitando los lugares santos de la cristiandad y los innumerables santuarios y monasterios de la «Santa Rusia». Vivían de limosnas o haciendo pequeños trabajos durante

sus viajes, y las familias los recibían —a veces con respeto, otras con desprecio— según su fe y su propia disposición espiritual. Pero es innegable que su presencia itinerante constituía una verdadera misión: los *startsy* (maestros espirituales, ancianos experimentados) hablan de Dios con su vida y su ejemplo a los demás hombres, pobres, tal vez, como ellos, que anhelan una apertura espiritual e intentan renovar de esa manera la experiencia del encuentro con Dios que celebran en la liturgia.

La base de los cuatro *relatos* que componen esta obra, seguramente auténtica, nos hace conocer el ambiente social y espiritual de Rusia a mediados del siglo XIX. La redacción tiene cierto artificio, que pone de relieve las ideas principales y muestra, didácticamente, el desarrollo de un proceso ejemplar. Los datos, recogidos por los autores que han estudiado la obra, convergen hacia el célebre monasterio de Optino. Allí existió, hasta la revolución de 1917, un centro espiritual muy floreciente, cuyos *startsy* eran visitados a la vez por lo más selecto de la intelectualidad rusa de entonces: Gogol, Dostoievski, Tolstoi, Soloviev, y por el pueblo sencillo y creyente.

El manuscrito con los cuatro relatos que se publican en este volumen parece haber pertenecido a una religiosa dirigida por el *starets* Ambrosio de Optino, hacia 1860. Una primera edición se publicó en Kazan en la década de 1870, seguida de otra más correcta en 1881, reeditada en 1884. En el prefacio de la edición de 1881 se atribuye la posesión del texto a un monje ruso del monte Athos. Después, también en Optino, entre los papeles del *starets* Ambrosio, ya citado, se encontraron otros tres relatos, de estilo diferente y con una mayor preocupación didáctica.

Reeditados en ruso después de la revolución, y traducidos a diversas lenguas, los *relatos* fueron una avan-

zadilla de la espiritualidad rusa en Occidente. La expansión de la práctica conocida como «oración de Jesús», que es uno de los fenómenos ecuménicos más notables de los últimos tiempos, le debe seguramente mucho.

### *La oración de Jesús*

El primer relato nos cuenta cómo oyó el peregrino en la iglesia la lectura del pasaje de la Carta a los tesalonicenses, donde el apóstol Pablo les recomienda: *Orad sin cesar*. Estas palabras provocaron en el protagonista del libro una llamada que penetró hondamente en su alma, y buscó desde entonces llegar a la oración constante. Ensayó diversas prácticas, acudió a varios maestros, leyó la Biblia y escuchó sermones. Hasta que un *starets*, en su celda, lo inició en la oración de Jesús: «La oración de Jesús, interior y constante, es la invocación continua e ininterrumpida del nombre de Jesús con los labios, el corazón y la inteligencia, con el sentimiento de su presencia, en todo lugar, en todo tiempo y aun durante el sueño». Ella se expresa con estas palabras: «Señor Jesucristo, ten piedad de mí». El que se acostumbra a esta oración, siente un gran consuelo y la necesidad de decirla siempre; al cabo de cierto tiempo, no puede vivir sin ella y ella misma brotará en él.

A partir de aquella revelación, el peregrino se entregó a la oración; primero la recita tres mil veces por día, después seis mil y llega hasta doce mil, como se lo ha indicado el anciano. Pero llegado a ese punto deja de contar el número de sus repeticiones; la oración se ha vuelto constante, unida a su respiración, y no lo abandona ni siquiera durante el sueño.

Tenemos en estas breves frases una exposición bastante clara y completa de la oración de Jesús:

a) El elemento principal es la invocación del nombre de Jesús, nombre divino y, por lo tanto, poderoso, «ante el que se dobla toda rodilla, en el cielo, en la tierra, en los abismos» (Flp 2, 10). En los evangelios los «signos» se realizan por virtud de ese mismo nombre, y por eso se lo invoca para que obre con eficacia.

b) A la invocación del nombre de Jesús se suele agregar la oración del publicano: «¡Ten piedad de mí, pecador!» (Lc 18, 13). Por la unión de ambas expresiones, el que ora confiesa su condición de pecador que necesita de la ayuda y la misericordia de Dios, a quien llama por su nombre poderoso.

c) Esta invocación se hace con los labios, el corazón y la inteligencia, teniendo el sentimiento de la presencia de Dios. No es una repetición rutinaria y distraída, sino receptiva, permaneciendo con el espíritu atento al Señor que está junto al que ora. Las lágrimas, que pueden acompañar la oración, son señal de arrepentimiento y amor.

d) En fin, esta invocación se repite en todo tiempo y lugar. El maestro fija un número de oraciones; pero, sin embargo, todo hombre o mujer avanzado en esta práctica, pasará del número fijado a una repetición incesante, de modo que su vida toda sea como una respiración del nombre de Jesús.

Los maestros de la oración de Jesús en el transcurso de los siglos han ido precisando las indicaciones para su práctica. Recomiendan una posición en la cual el cuerpo esté como recogido, y tener concentrada la mente en el lugar del corazón. Hay quienes aconsejan unir la invocación con la respiración. Pero estos y otros particu-

lares, según la tradición, deberán ser enseñados por un maestro experimentado más que por la lectura de los textos, para evitar el peligro de la ilusión. Los monjes ortodoxos, que la practican asiduamente, usan un rosario, generalmente de lana, que les sirve para contar con sus nudos las invocaciones.

### *El hesicasmo*

La vida monástica comenzó en Egipto; son conocidos los nombres de los primeros monjes: san Antonio, san Pacomio, los padres que vivían en los desiertos de Escete y de Nitria, en los siglos IV y V. En las palabras y enseñanzas de estos últimos, conocidos como «apotelesmas» o *Dichos de los padres*, se encuentran los primeros textos que hablan de la invocación del nombre y de la oración del corazón. De estos padres podemos nombrar, entre muchos otros, a Macario, a quien se le atribuyen numerosos escritos, muy profundos. Otros padres, como Diádoco de Foticea en sus *Cien capítulos sobre la perfección*, Barsanufio y Juan de Gaza, en sus admirables cartas de dirección, san Juan Clímaco, el autor de la *Escala espiritual*, son también testigos de esta devoción que será finalmente sistematizada en los monasterios del Sinaí y, después del gran Simeón el Nuevo Teólogo, se difundirá en la cristiandad bizantina, sobre todo en el monte Athos, la península monástica de Grecia, que es todavía hoy, después de mil años de existencia, un ejemplo único de sociedad monástica organizada a partir de un ideal y a la vez muy diversificada en sus formas.

Esta tradición, que hemos seguido en sus principales figuras, es llamada «hesicasta». La palabra griega «esu-

xía» significa: tranquilidad, calma de las potencias, sosiego espiritual. Es lo que hace posible al monje la oración contemplativa. El hesicasmismo, como movimiento o escuela espiritual, pone el énfasis en la búsqueda de una oración constante, ininterrumpida, a la que debe forzosamente acompañar la pureza de corazón y la práctica fiel del evangelio. Es una oración cristiana, que responde a las promesas del Señor de enviar su Espíritu santo, que es el que ora en nosotros.

Ya Juan Casiano, autor que escribió en latín antes del año 430, había distinguido entre la vida ascética o activa y la contemplativa, como escalones del progreso espiritual. En la primera, se lucha contra los vicios y se adquieren las virtudes; en la segunda, el alma, sosegada ya, mira a su Dios. El hesicasmismo se encuentra en la línea señalada por Casiano, y con él por toda la tradición espiritual oriental, transmitida por el propio Casiano al Occidente.

El influjo de estos padres monásticos no se ha limitado a las comunidades de vida contemplativa: san Ignacio de Loyola y los primeros jesuitas conocían y apreciaban los escritos de Doroteo de Gaza, discípulo de los ya nombrados Barsanufio y Juan; santo Tomás de Aquino leía diariamente a Casiano; fray Luis de Granada tradujo al castellano la *Escala espiritual* de san Juan Clímaco, y de esta misma obra existía ya una traducción castellana editada en México antes de 1540.

### *La Filocalia*

En 1782 aparecía en Venecia una obra llamada *Filocalia*, que reunía los textos de los padres orientales que se refieren a la vida hesicasta y a la oración de Jesús.

Fueron sus compiladores el obispo Macario de Corinto (†1805) y el monje Nicodemo de la Santa Montaña –el monte Athos– (†1809). Un *starets* de gran irradiación espiritual la tradujo al eslavo en 1793: Paesio Velichovski (†1794). Es el libro que utilizan el peregrino, su compañero de viaje, su confidente y su maestro. En 1877 el obispo Teófano de Tambov y Vladimir elabora una nueva edición rusa, ampliando considerablemente la selección de textos.

La importancia de la *Filocalia* en los monasterios ortodoxos, sobre todo rusos, ha sido capital. Con la Biblia, los libros litúrgicos y las vidas de santos constituyó durante muchos años la base de las lecturas espirituales y, por ende, de la cultura teológica y espiritual de los monjes y monjas que eran y son la fuerza de la ortodoxia.

Después de 1917, la difusión de los *Relatos* de este peregrino ruso ha sido una muestra del renacimiento de la espiritualidad «filocálica», y la misma colección ha sido reeditada en griego y traducida parcialmente a las lenguas occidentales<sup>1</sup>.

### *La oración de Jesús y nosotros*

Estos encantadores *Relatos* no son solamente memorias de un tiempo pasado, de tierras lejanas, de costumbres exóticas. Son, sobre todo, un testimonio espiritual, que pide una respuesta de nuestra parte.

1. Una antología de textos muy semejante a la que usó el protagonista de estos relatos puede encontrarse publicada por Ediciones Sígueme, en su colección Ichthys. Su título: *La filocalia de la oración de Jesús*, Salamanca ©2002.

Su lectura nos ayudará en el camino de la vida cristiana. Por distintos paisajes, y con aventuras diferentes, pero marchando siempre hacia el término, que es el encuentro con Cristo, a quien sabemos cercano a los humildes y sencillos, a quienes lo buscan con un corazón puro.

M. de Elizalde

## Primer relato

Soy hombre y cristiano por la gracia de Dios. Mas, por mis acciones, un gran pecador; por mi estado, peregrino sin hogar, de la más humilde condición, vagando siempre de un lugar a otro. Por único haber llevo sobre mis hombros un macuto con pan seco y entre mis ropas, junto a mi corazón, la santa Biblia. Eso es todo.

El domingo vigésimo cuarto después de la Trinidad entré en la iglesia para orar durante el oficio; se leía la epístola del Apóstol a los Tesalonicenses, en el pasaje que dice: «Orad sin cesar». Esta palabra penetró profundamente en mi espíritu y me pregunté cómo es posible orar sin pausa cuando cada uno debe ocuparse en numerosos trabajos para ganarse la vida. Busqué en la Biblia y leí con mis propios ojos, exactamente, lo que acababa de oír: «es necesario orar sin cesar» (1 Tes 5, 17), «orar en espíritu en toda ocasión» (Ef 6, 18), «elevad en todo lugar las manos suplicantes» (1 Tim 2, 8). Reflexioné sobre esto y no supe qué hacer.

«¿Qué hacer? —pensaba yo—, ¿dónde encontrar a alguien que pueda explicarme estas palabras? Iré a las iglesias donde predicán hombres preparados y allí, quizás, encuentre lo que busco». Y me puse en camino. Escuché muchos y excelentes sermones sobre la oración, pero eran todas instrucciones sobre la plegaria en gene-

ral: qué es la oración, por qué es necesario orar, cuáles son sus frutos, sin embargo nadie decía nada acerca del modo de llegar a orar verdaderamente. Oí un sermón sobre la oración en el espíritu y sobre la oración continua y permanente, pero no decía cómo había que hacer para alcanzarla. Con todo, la asistencia a los sermones no me dio lo que yo deseaba, y dejé de frecuentarlos. Entonces, decidí buscar con la ayuda de Dios un hombre sabio y experimentado para que me explicara este misterio, puesto que me sentía irresistiblemente atraído por él.

Caminé largo tiempo; leía la Biblia, averiguaba si se podía encontrar en alguna parte un maestro espiritual o un guía sabio y con experiencia. En cierta ocasión me dijeron que en una aldea vivía desde hacía mucho tiempo un hombre que trabajaba por su salvación. En su casa tenía una capilla y permanecía sin cesar orando o leyendo libros espirituales. Al oír tales palabras, me detuve y corrí a aquel pueblo. Llegué, y fui a verlo.

—¿Qué deseas de mí?, preguntó.

—He sabido que sois un hombre piadoso y sabio, y por eso he venido a pedirlos en nombre de Dios, que me expliquéis qué quieren decir estas palabras del Apóstol: «Orad, sin cesar», y cómo es posible orar de esa manera. Yo deseo entenderlo y no lo consigo.

El hombre permaneció en silencio, me miró atentamente y me dijo:

—La oración interior es el esfuerzo incesante del espíritu humano para llegar a Dios. Para lograrlo, conviene pedir a menudo al Señor que nos enseñe a orar sin interrupción. Ora intensa y fervorosamente y la oración te hará comprender cómo puedes hacerla continua, pero esto te llevará mucho tiempo.